

Hospital de Sonara

Seis de la tarde

Cuando la enfermera Lise acabó su turno, eran ya las seis de la tarde, Steve la estaba esperando en el mostrador del hospital.

—Buenas tardes Lise.

—Vaya, si está aquí el piloto.

—Te prometí que vendría a buscarte para dar un paseo.

—Tengo que hacer unas compras y luego debo ir a mi casa, hoy no tengo tiempo para paseos Steve, lo siento.

—¿Puedo acompañarte? No te haré perder tiempo.

—¿No te das por vencido fácilmente?

—No, soy bastante cabezota.

—Esto ya lo vi cuando estabas ingresado. Y si además te pareces a tu padre...

—Vamos, vamos Lise, no hablemos de la genética de mi familia, quiero saber cosas de ti.

—Steve de verdad, acompáñame si quieres pero no puedo perder la tarde hablando de mi niñez, hoy no.

—Vámonos de compras, yo llevo las bolsas y tú hablas.

Salieron del hospital y Lise no tuvo ningún reparo en contestar a todas las preguntas pero no le apetecía en absoluto explicar su vida personal. Por el contrario, Steve esperaba su oportunidad para fanfarronear sobre sus avionetas y sus acrobacias; lo cierto es que lo hacía con tanta gracia que Lise se lo pasó en grande riéndose de él.

Cuando llegaron a su casa Steve le prometió que iría a buscarla otra vez mañana, quería llevarla al aeroclub para enseñarle su famosa avioneta con la que hacía acrobacias y Lise por más que se esforzó no pudo negarse.

Al día siguiente antes de subir al coche de Steve, le dijo:

—¡No corras! No tienes que demostrarme nada, ya soy mayorcita como para que quieras alucinarme con tus habilidades ¿Queda claro?

—Si señorita, me comportaré, se lo prometo.

No fue así, corrió como un loco y cuando llegaron Lise estaba muy enfadada.

Atravesaron el pueblo de Loma Alta y en menos de diez minutos y una vez hubieron pasado la gasolinera en la salida del pueblo, llegaron al aeroclub de Steve. Cruzaron una puerta con una maqueta casi tamaño real de una avioneta en la parte de arriba; un camino recto y asfaltado simulaba una pista de aterrizaje, avanzaron y al llegar al parking Steve paró el motor y ambos bajaron del coche.

—No te enfades, esto no es correr, es mi modo de conducir, los coches están hechos para eso.

—No Steve, son para ir y volver, he conocido a demasiadas personas que se han arrepentido toda la vida de haber conducido demasiado rápido. Enséñame tu avión y llamaré a un taxi porque no pienso volver contigo.

—Está bien le pediré a uno de los chicos que nos lleve de regreso. Irá a la velocidad que le mandes—. La cogió de la mano y la obligó a andar hacia el hangar.

Justo en la entrada a la derecha del camino había una zona ajardinada, bien cuidada, con el césped recién cortado y seis árboles dibujando un círculo. Frente al jardín y al otro lado del camino había varios edificios. El primero, junto a la puerta de entrada, era el Club de los jóvenes, una sala grande que el padre de Steve y Beth había construido para ellos como sala de juegos y estudio. Ahora casi no se empleaba. A continuación, tres edificios iguales que el anterior, solo cambiaba el letrero sobre la puerta. Sala de reuniones. Aula. Oficina,

la cual se empleaba como sala de estar para los alumnos. Frente a la Oficina, a la derecha del camino, donde se acababa el jardín, otro edificio de iguales características, Oficina de Plan de Vuelo, donde los pilotos y los alumnos rellenaban los formularios para los vuelos y las clases.

A ambos lados de los edificios, una zona de parking para alumnos y visitantes y a continuación los hangares, cuatro a cada lado y un edificio más, a la derecha sobre el cual estaba la Torre de Control.

Steve y Lise habían llegado a éste punto, delante tenían la calle de acceso a la pista de aterrizaje. Se dirigieron a los hangares de la izquierda.

—Señorita mal humor, te presento a mi MX2 ¿Qué te parece?

—Me da miedo.

—Impresiona, es cierto. Quiero que subas a la cabina, yo estaré a tu lado y te enseñaré como funciona por si algún día quieres aprender a volar.

—Ni hablar. Yo prefiero andar.

—No te preocupes, no lo pondré en marcha, solo quiero verte sentada como un piloto.

Mientras subía, Steve saludó a un par de alumnos que de buena gana se hubieron cambiado por Lise. En aquella avioneta solo subían chicas, conocían perfectamente a Steve.

Le puso los cascos y él hizo lo propio. Accionó el Master y le enseñó cómo hablar y escuchar a través de los auriculares. Esto siempre gustaba a las chicas, la voz parecía más grave. Le mostró todos los instrumentos del tablero de mandos y para qué servían. Luego le hizo una demostración de la ceremonia que hacían antes de cada despegue y disfrutó poniéndole el arnés de seguridad.

Lise se lo estaba pasando realmente bien, se reía de Steve porque se estaba pavoneando como un adolescente con su mejor juguete y con suavidad le iba rozando ahora un brazo, ahora una pierna para indicarle alguna cosa.

Era un buen chico, demasiado pedante tal vez, pero guapo, y le gustaba. Lise venía de la ciudad y ya no se acordaba de todas estas

ceremonias de cortejo. Se sentía bien, alejada de todos los problemas diarios, hacía tiempo que no se sentía así, como una niña a la que estaban mimando.

A través de los cristales Lise vio al padre de Steve que los estaba observando, se dio la vuelta sin decir nada.

—Creo que no ha sido una buena idea venir aquí. Yo eché a tu padre del hospital y seguramente querrá hacer lo mismo conmigo.

—Ja, ja. Ahora eres mi chica. No te preocupes, no te dirá nada.

—Steve, lo siento pero eso de que soy tu chica...

—Perdona, es solo una manera de hablar. Ya sé que no quieres ser de nadie, por ahora.

Lise prefirió no insistir y cuando bajaron de la avioneta le dijo a modo de disculpa:

—Oye Steve, siento lo de antes con el coche, no soporto pasar miedo, si me prometes conducir como una persona normal no hace falta que me lleve otra persona.

—Gracias Lise pero tengo una sorpresa para que no pases miedo.

La condujo hasta el parking y le pidió que cerrara los ojos.

—Ahora no los abras y déjate llevar. —La tomó del brazo y la hizo caminar unos metros más—. Tienes que sentarte bien, y ahora... sube las piernas. ¡Atención! ojos cerrados hasta que te avise.

Steve dio la vuelta al coche y lo puso en marcha. Lise se sorprendió del extraño ruido del motor así que abrió los ojos y se encontró sentada en un coche eléctrico de esos que se usan en los campos de golf.

—No puedes salir a la nacional con eso —dijo riendo.